

La huerta de mangos

versión de Eesha Sardesai

Era verano, y el aire en la huerta de mangos olía muy dulce. Había filas y filas de árboles en este huerto; se extendían hasta donde el ojo podía ver, cada uno de ellos cargado de fruta. Las pieles de los mangos eran de color naranja rojizo, su color era un mensaje para quienes sabían, que sí, estaban listos para disfrutarse.

El huerto pertenecía a una mujer generosa y de buen corazón cuya familia había sido la dueña y lo había atendido durante generaciones. Cada año, cuando los mangos alcanzaban su máxima madurez, ella elegía un día para abrir su huerto a la gente de la ciudad. Todos y cada uno, jóvenes o viejos, ricos o pobres, estaban invitados a ir.

La única condición era que, en ese día, el huerto estaría abierto solo por tres horas. En esas tres horas, las personas podían recoger y comer tantos mangos como desearan, sin cargo alguno, y podían llenar canastas con mangos para llevar a casa con ellos. Sin embargo, una vez que las tres horas pasaran, tendrían que irse.

Este día especial había llegado una vez más. El sol brillaba suave y esplendoroso, haciendo sombras caleidoscópicas a través de los árboles. El cielo era un azul claro, sin nubes. Y el dulce aroma de la fruta *justo* rebasando la madurez, se percibía tentadoramente en el aire. Fuera de la puerta del huerto había comenzado a formarse una fila.

Con una gran sonrisa, la dueña saludó a todos los que se habían reunido.

–¡Bienvenidos! –dijo ella. Miró a algunos de los niños que estaban allí, sus dedos enroscados sobre el delicado hierro forjado de la puerta mientras miraban hacia adentro. –¿Están listos para comer algunos mangos?

Los niños asintieron, abriendo mucho los ojos.

– Bueno, en ese caso -dijo-, ¡adelante!

Con eso, ella abrió la puerta y con la mano invitó a todos a entrar. Hubo vítores y gritos de alegría cuando los niños entraron corriendo, seguidos no muy lejos por sus padres y los otros adultos. Pronto hubo gente que serpenteaba por todo el huerto, señalando los árboles que parecían más prometedores y alcanzando la fruta de aspecto más sabroso. Se sentaron a la sombra de los árboles mientras rebanaban sus premios, la carne de los mangos era dulce como el néctar, y su jugo espeso goteaba por sus brazos. Todos, al parecer, estaban pasando el *mejor* momento.

Todos, es decir, excepto una persona. De pie en la puerta, con los pies medio dentro del huerto y medio afuera, había un hombre. Estaba observando las idas y venidas, el retozar, la comida, las risas, con el ceño fruncido.

Cuando la dueña de la huerta vio a este hombre y lo perplejo que se veía, ella se acercó a él.

– Señor, dijo ella – ¿Le gustaría entrar y comer algunos mangos? Son realmente deliciosos, aunque lo diga yo misma.

El hombre se detuvo por un momento antes de responder; las líneas en su frente se hicieron más profundas.

– Eso es lo que pretendía hacer cuando vine aquí –dijo– escuché que había mangos y que todos eran bienvenidos a comer algunos.

– Sí, eso es correcto, –dijo la dueña. Ella le sonrió alentadoramente. –Entonces, ¿por qué no entra?

Bie-e-en...–dijo el hombre, con voz vacilante.

–¿Qué sucede? –preguntó la dueña.

–Yo... no lo sé, –respondió el hombre. De repente, las palabras salieron de su boca. –Pensé que *sí quería* comer estos mangos. Por eso caminé todo el camino hasta su huerta. Pero ahora que estoy aquí, y estoy viendo todos estos árboles, mangos y personas, y todo tan pintoresco, estoy dudando.

–¿De qué? –preguntó la dueña.

El hombre escudriñó su entorno una vez más, sus ojos se abultaban al observar cada árbol, cada mango, cada persona saboreando esta abundancia de la tierra.

–Quiero decir, ¿cómo puede esto ser real?–exclamó al fin. ¿Todos los mangos que podemos comer? ¿Y mangos tan perfectos, además? No, no, esto es demasiado bueno para ser verdad. Debe haber alguna trampa.

–Señor, no hay trampa, -dijo la dueña. Me gustaría mucho que entrara y comiera algunos mangos. Lo único que debe tener en cuenta es que el tiempo es limitado. No puedo mantener el huerto abierto todo el día. Por lo tanto, debe entrar ahora.

El hombre apenas podía oír lo que ella decía. Estaba perdido en el remolino de sus propios pensamientos y emociones.

–Para ser honesto – dijo-, ni siquiera sé si debería estar aquí. ¿Qué estaba pensando? Tengo tantas responsabilidades que atender en casa. ¡Y aquí estoy, dispuesto a comer mangos!

–Señor... La dueña intentó decir algo, pero a estas alturas el hombre ni siquiera la estaba mirando. Sus ojos estaban fijos en el suelo; él estaba hablando con fluidez a la hierba.

–¿Quién soy *yo* para estar sentado aquí comiendo mangos? –dijo. ¿Qué he hecho para merecerlos? Seguramente, los mangos son para personas mejores.

–Los mangos son para todos –exclamó la dueña– de eso se trata exactamente.

El hombre la miró. –¿Para todos? –dijo asombrado.

–Sí– repitió la dueña–, para todos.

El hombre abrió la boca y volvió a cerrarla. Por un momento, algo pareció cintilar detrás de sus ojos, una luz de algún tipo. Pero luego se oscureció de nuevo. Su rostro se nubló.

–Oh, pero usted no me con. Estoy seguro de que no soy como las otras personas aquí. No hay manera de que sea lo suficientemente bueno para recibir estos mangos...

Continuó de esta manera, su flujo de pensamiento y discurso se volvió más frenético, más febril. Finalmente, la dueña dejó de intentar detenerlo; ella tenía otros invitados que atender. Ella lo dejó en la puerta, todavía hablando consigo mismo.

Después de un tiempo, la gente comenzó a caminar fuera del huerto, con grandes canastas de mangos en sus brazos. Al verlos, el hombre pareció volver a la realidad.

–Oigan, ¿adónde van? –les preguntó.

–¿No escuchaste? – dijo una de las personas– el huerto se va a cerrar en un minuto. Si quieres un mango, ¡date prisa! Será mejor que consigas uno ahora.

Pero, ay, el hombre no se apresuró. En cambio, sus facciones se descompusieron.

–¡Oh noooo! – gimió–, ¿por qué esperé tanto tiempo? ¿Cómo podría ser tan tonto? Ahora solo queda un minuto...

Y entonces vio a la dueña del huerto caminando hacia él.

–Lo siento, señor – dijo con suavidad, cuando ella llegó a donde él estaba parado. –Tengo que cerrar el huerto ahora. Han pasado tres horas–.

Ella se acercó a la reja, y sin una palabra, el hombre retrocedió un paso. El hierro forjado se balanceó ante él; el pestillo hizo clic. Y cuando la luz en el cielo se oscureció, el hombre simplemente se quedó allí, los mangos justo un paso más allá.

